



CAPÍTULO XII

Trátase sobre los malos y los buenos consejos; muerte del padre de Periquillo,
y salida de éste del convento

Estuve en el coro durante la tercia y la misa; pero
con la misma atención que el facistol. Todo se me

PERIQUILLO SARNIENTO. — T. I, A. — 56.

fué en cabecear, estirar los párpados y bostezar, como quien no había cenado ni dormido.

El que presidía lo notó, y luego que salimos me dijo: — Hermano, parece que su caridad es harto flojillo; enmendarse, que aquí no es lugar de dormir.

Yo no dejé de incomodarme, como que no estaba acostumbrado á que me regañaran mucho; pero no osé replicar una palabra. Me calé la capilla, y marché á continuar la limpieza de mi santo cuartel.

Llegó la hora bendita del refectorio, y aunque la comida era de comunidad, á mí me pareció bajada del cielo, como que á buena hambre no hay mal pan.

En fin, me fuí acostumbrando poco á poco á sufrir los trabajos de fraile y el encierro de novicio, manteniendo el estómago debilitado, consolando á mis ojos soñolientos, animando mis miembros fatigados con el trabajo y tolerando las demás penalidades de la religión, con la esperanza de que, en cumpliendo seis meses, fingiría una enfermedad, y me volvería á mis ajos y coles, que había dejado en la calle.

Esta esperanza se avaloraba con la vista de mi padre de cuando en cuando, pero más y más con los siempre cristianos, prudentes y caritativos consejos de mis dos mentores Januario y Pelayo, que solían visitarme con licencia del padre maestro de novicios, á quien mi padre los había recomendado.

Uno me decía: — Sí, Perico; no harás otra cosa mejor que mudarte de aquí: mírate ahí cómo te has puesto en dos días; flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta más sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados é imprudentes. Luego luego quisieran que un pobre novicio fuera canonizable; todo le notan, todo le castigan; nada le disimulan ni perdonan: ya se ve, ningún padre maestro se acuerda que fué novicio. — Esto me decía el menos malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo maldito, ése era peor; blasfemaba de cuantos frailes y religiosos había en el mundo; y ¿en qué términos lo haría, pues siendo yo algo peor que Barrabás, me escandalizaba?

Ciertamente que no son para escritas las cosas que me decía de todas, y en especial de aquella venerable religión, que no tenía la culpa de que un pícaro como yo se acogiera á ella sin vocación y sin virtud, sólo para eludir los muy justos designios de su padre; pero por sus consejos inferiréis el fondo de maldad que abrigaba su corazón.

—No seas tonto, me decía: salte, salte á la calle; no te vayas á engreir aquí y profeses, que será enterrarte en vida: Eres muchacho, salvaje, goza del mundo. Las muchachas tus conocidas siempre me pre-

guntan por tí: mi prima ha llorado mucho, te extraña, y dice que ojalá no fueras fraile, que ella se casara contigo. Conque salte, Periquillo, hijo, salte, y cástate con Poncianita, que es la única hija de don Martín y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocasión; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! á buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tomara para mí; pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro más que tú, que eres mi amigo; pues lo que se ha de llevar el moro, mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices? ¿Qué le digo? ¿Cuándo te sales?

Yo era maleta, y luego con las visitas y persuasiones de este tuno me pervertía más y más, y llegué á tanto grado de desidia que no hacía cosa á derechas de cuantas me mandaba la obediencia. Si salía á acolitar, estaba en el altar inquietísimo; mi cabeza parecía molinillo, y no paraban mis ojos de revisar á cuanta mujer había en la iglesia; si barría el convento lo hacía muy mal; si servía el refectorio, quebraba los platos y escudillas; si me tocaba algún oficio en el coro, me dormía; finalmente, todo lo hacía mal, porque todo lo hacía de mala gana; con esto, raro era el día en que no entraba al refectorio con la almohada, la escoba

ó los *tepalcates* colgados, con un tapaojos ó con otra señal de mis malas mañas y de las ridiculeces de los frailes, como yo decía.

Los primeros días se me asentaba la silla un poco, esto es, se me hacían pesadas semejantes burlas y mojígangas, como yo las llamaba, siendo su propio nombre *penitencias*; pero después me fuí connaturalizando con ellas de modo que se me daba tanto de entrar al coro ó refectorio con una sarta de guijarros, pendiente del cuello, como si llevara un rosario de Jerusalén.

Así cayendo y levantando, y haciendo desesperar á los benditos religiosos, llegué á cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer día me había prefijado para salirme á la calle y volverme á mis andanzas en el siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal sería bueno enfermarme, ó fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidad, y habiendo, por último, elegido la epilepsia, ya iba á descargar sobre el corazón sensible de mi padre el golpe fatal, escribiéndole mi resolución de salirme, cuando llegó Enero y me dió la triste noticia de hallarse mi dicho padre gravemente enfermo y desahuciado de los médicos.

Afligióme semejante nueva, y trataba de acelerar mi salida; pero Enero me contuvo diciéndome que

¹ Esta comparación con los caballos apenas se puede pasar á Periquillo, si no es hablando de sí mismo. E.

tiempo había para ella; que por entonces suspendiera mi resolución, pues nada iba á medrar, y antes podría suceder que mi padre con la pesadumbre se agravara y se abreviaran sus días por mi precipitación; y así, que me sosegara, que por muerte ó por vida de mi padre se haría la cosa después con más acierto y menos inconvenientes.

Hícelo así, y confieso que me convenció, porque, á pesar de ser tan malo, esta vez me aconsejó como hombre de bien.

Los hombres, hijos míos, son como los libros. Ya sabéis que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno; así los hombres, no hay uno tan perverso, que tal cual vez no tenga algunos buenos sentimientos; y en esta inteligencia, el mayor pecador, el más relajado y libertino, puede darnos un consejo sano y edificante.

Cinco días pasaron después del que me habló Januario, cuando vino á verme don Martín, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dió una carta cerrada de mi padre, y con ella la noticia de su fallecimiento.

La naturaleza apretó mi corazón, y mis lágrimas manifestaron en abundancia mis sentimientos. Don Martín repitió sus consuelos, y se fué á dar algunas limosnas al padre provincial para sufragios por el alma del difunto. El padre vicario, los coristas y mis connovicios,

entraron á mi celda y me daban todos aquellos consuelos que se apoyan en la religión, y luego que calmó un poco mi dolor, me dejaron solo y se retiraron á sus destinos. Dos días pasaron sin que yo me atreviese á abrir la carta, pues cada vez que la quería abrir, leía el sobrescrito que decía: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento. Dios lo guarde en su santa gracia muchos años.* Entonces se estremecía mi corazón sobremanera, y no hacía más que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caracteres me acordaban el amor que siempre me había tenido, y su constante virtud que me había inspirado.

¡Ay, hijos! ¡Qué cierto es que el buen padre, la buena esposa y el buen amigo, sólo se conocen cuando la muerte cierra sus ojos! Yo sabía que mi padre era bueno; pero no lo conocí bien hasta que tuve la noticia de su fallecimiento. Entonces á un golpe de vista ví su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que había perdido.

Al cabo de tres días abrí la carta, cuyo contenido leí tantas veces que se me quedó en la memoria, y por ser sus documentos digna herencia de vuestro abuelo, os la quiero dejar aquí escrita.